

# MUJERES Y POLITICA: LOGROS Y TENSIONES EN EL PROCESO DE REDEMOCRATIZACION

María Elena Valenzuela  
Investigadora del Instituto de la Mujer

El movimiento de mujeres se ha convertido en un actor político emergente, tanto por el rol jugado en las luchas antidictatoriales como por su potencialidad de ser factor de cambio en el proceso democrático. Se enfrenta, sin embargo, a las resistencias de los partidos políticos y de las instituciones del Estado. Su desafío actual es desarrollar la capacidad para articularse con otras instancias (partidos, Estado, organizaciones sociales), sin que su demanda sea neutralizada por ellos.

## INTRODUCCION

La crisis política y económica producida por el intento de transformaciones globales impulsadas por el gobierno militar, afectaron profundamente a la mujer. Las políticas y el discurso gubernamental, apelaron a la lógica de dominación patriarcal profundizando la opresión hacia la mujer. Reactivamente, diversos grupos de mujeres se organizaron y ocuparon nuevos espacios, reemplazando a las expresiones de participación política prohibidas por el régimen. En una redefinición de los espacios políticos, pero también ampliando los contenidos y formas de hacer política, las mujeres se movilizaron por la defensa de la vida, la supervivencia, la demanda de género y la política. El gobierno autoritario se vio así enfrentado a la resistencia de las mujeres, cuyas nuevas organizaciones, opciones y actividades, se convirtieron en gérmenes de cambio de su condición de subordinación a la vez que de presión por una redemocratización de la sociedad en su conjunto.

El período de apertura política marcó desde 1983 un momento de importantes movilizaciones de mujeres y de reconstitución de los partidos políticos. Esto llevó a la aparición de tensiones, por la presión de los partidos frente a las organizaciones de mujeres, que se resistían a perder su autonomía, pero al mismo tiempo veían la necesidad de contar con canales de expresión y representación social. Diversas fórmulas de relación se han establecido desde entonces, y el tema de la mujer ha adquirido legitimidad, constituyéndose en un nuevo eje en torno al cual se articulan las diversas posiciones de las instituciones sociales y políticas.

En este artículo se analizan los efectos del discurso y las políticas del gobierno militar hacia la mujer, y el rol jugado por el movimiento de mujeres en el proceso de transformaciones sociales y políticas, especialmente a partir del período de apertura política, que se inicia en 1983.

## I. EL GOBIERNO MILITAR Y LA MUJER

La política desarrollada por el régimen militar hacia la mujer estuvo basada en una concepción tradicional de sus roles sociales. Promovió el retorno de la mujer a la vida familiar, y desincentivó su participación en la fuerza laboral y en tareas gubernamentales, centrando su interés en la mujer-madre.

Este intento por volver al pasado se dio en medio de condiciones que abrían las puertas o empujaban a las mujeres a asumir nuevos roles. Es así como la tasa de participación femenina en el mercado del trabajo aumentó desde un 25% a principios de los setenta a un 30% en los ochenta.

Desde que en 1877, 35 años después de la creación de la Universidad de Chile, se autorizó a las mujeres su ingreso a la Universidad, éstas han recorrido un largo camino. Hoy un 40% de la matrícula universitaria está compuesta por mujeres. Mientras la matrícula masculina supera en un 2.6% a la femenina en la enseñanza básica, la femenina supera a la masculina en un 5% en la enseñanza media (Rossetti:1988). Al mismo tiempo, el porcentaje de mujeres con educación superior en la fuerza de trabajo aumentó desde 2.6% en 1960 a 15% en 1982, en tanto los hombres con educación superior incrementaron su participación en la fuerza laboral desde 2.3% en 1960, a sólo 7.9% en 1982.

El aumento de la escolaridad femenina, unido al alto porcentaje de mujeres profesionales explica este interés por relaciones de mayor igualdad. A pesar del peso de las mujeres con educación universitaria en la fuerza de trabajo femenina, éstas reciben ingresos equivalentes a sólo un 49% de lo que perciben los hombres con el mismo nivel educacional, en tanto las mujeres con 8 años de educación formal o menos tienen una brecha salarial menor con los hombres en idéntica situación educacional (perciben un 59%).

A pesar de estos cambios en los roles de la mujer, el gobierno militar fue reacio a adaptarse a ellos. En el ámbito legal esto se manifestó en la mantención hasta después del plebiscito de 1988, de la "potestad marital", que concedía al marido derechos sobre la persona y los bienes de la esposa. Según la ley de matrimonio, el marido debía protección a la esposa y ella obediencia al marido.

En el ámbito laboral, el discurso gubernamental promovió la mantención de la mujer fuera de la fuerza de trabajo. Las mujeres que estaban en el mercado de trabajo eran tratadas como fuerza secundaria, y como tal discriminadas en favor de los hombres. Es así como los programas gubernamentales de ayuda al desempleo establecían diversas barreras al ingreso de mujeres y la legislación laboral desarrollada por el gobierno militar eliminó algunas protecciones a la madre trabajadora. La modernización observada en diversos sectores de la economía no mejoró tampoco la situación de la mujer. Las brechas salariales se mantuvieron, y aunque la proporción de empleadas domésticas ha bajado, éstas son todavía un 25% de la fuerza de trabajo femenina. Es así como entre 1960 y 1985 las mujeres mantuvieron una brecha en sus ingresos medios de entre 68% y 38% de los recibidos por los hombres con idéntico nivel educacional. Por otra parte, el mercado del trabajo continúa altamente segmentado, con altos niveles de polarización de la fuerza de trabajo en empleos masculinos y femeninos, que se mantienen relativamente constantes entre 1960 y 1982, fecha del último censo realizado en Chile (Muñoz:1988). Además, como señala Valdés (1988) en las áreas más modernas de la agricultura y la pesca, orientadas

al mercado exportador, sectores que absorben importantes contingentes de mano de obra femenina, lo hacen en empleos inestables e irregulares.

En el ámbito político, el gobierno asignó a la mujer el rol de educar hijos para la patria, asegurando así la continuidad ideológica del régimen. De tal manera, no sólo se la ubicó en la vanguardia por la mantención del orden social, sino además se la marginó del ejercicio del poder. La participación de mujeres en cargos públicos de importancia fue bastante escasa. Durante los 16 años de gobierno militar sólo dos mujeres ocuparon el cargo de Ministro de Estado, y en ningún momento hubo más de dos mujeres Subsecretarias en forma simultánea. Por otra parte, las mujeres tampoco pudieron ser en este período miembros del poder legislativo, reservado a los comandantes en jefe de las cuatro ramas de las Fuerzas Armadas. Esto significó un retroceso de cierta importancia, considerando que en el último parlamento democrático había 15 mujeres entre senadoras y diputadas.

Sin embargo, desde sus inicios, el régimen militar buscó preferentemente el apoyo político de la mujer, a la que consideraba su aliada natural. Esta alianza estaba basada en valores e ideales supuestamente compartidos, producto de una concepción dualista de las relaciones sociales, en que la principal oposición se daría entre Dios y el ser humano. El primero representado por la virtud y el espíritu, el segundo por el pecado y la carne. De acuerdo a esta perspectiva, el ser humano podría acercarse o alejarse de Dios -a cuya semejanza fue creado- si prima su espíritu, y por lo tanto domina sus instintos, lo propiamente humano. Estos, al no poder ser controlados por la voluntad, serían atentatorios a la voluntad divina. En la mujer, este dualismo estaría expresado en la oposición sexualidad-maternidad. A través de la procreación, la mujer redimiría el carácter terrenal de sus impulsos sexuales, convirtiéndolos en valores de abnegación, espíritu de sacrificio, entrega hacia su hijo, que la acercaría a Dios. Los hombres por su parte, sólo se acercaría a Dios cuando doblegan sus instintos terrenales dedicando su vida a un fin superior, de servicio a Dios o la Patria (Brown:1988). De ahí las constantes referencias al mandato divino que tienen las Fuerzas Armadas en su defensa de los valores patrios y su carácter mesiánico y salvador. La alianza que se intentó establecer entre madres y soldados estaba, por lo tanto, basada en la compartida capacidad de defender y transmitir valores superiores.

En este contexto, lo más opuesto a lo espiritual es la política, definida como una actividad ambiciosa, manipulativa, que se interesa por el poder terrenal. Las Fuerzas Armadas por lo tanto, intentaron simbólicamente distanciarse al máximo de la política, expresando su intención de abocarse al manejo del Estado como representantes del "bien común", unificando los intereses de la patria. La política fue asociada simbólicamente a lo masculino-instintivo, y las mujeres fueron "premiadas" por el carácter apolítico al que su sexo las hacía merecedoras, a través de una invitación a integrar junto a las Fuerzas Armadas los pilares de la nueva sociedad (Munizaga: 1983).

El gobierno estimuló fuertemente la organización femenina. Considerando los intereses de las mujeres como aquellos ligados a la maternidad o a la prolongación social de sus roles maternos, el gobierno militar promovió la creación de "ejércitos de voluntarias". Para esto re-estructuró las organizaciones femeninas pre-existentes, creó organizaciones a cargo de las diferentes ramas de las fuerzas armadas y desarrolló una estructura institucional paralela a la estructura



político-administrativa, a cargo de las esposas de las autoridades nacionales, regionales y comunales (Valenzuela:1987).

Las diversas organizaciones agrupadas en torno a este voluntariado oficialista tuvo su especificidad tanto en las características de sus integrantes, como en el énfasis que desarrollaban a través de su trabajo. Así, había organizaciones con un mayor sentido social y otras con una mayor ligazón a las actividades de gobierno. Entre estas últimas está CEMA-Chile, donde las voluntarias eran preferentemente las esposas de los oficiales del Ejército, organizadas de acuerdo a parámetros militares, respetando el grado del marido. La Secretaría Nacional de la Mujer canalizó por su parte el apoyo femenino civil, para luego proyectarlo hacia los sectores más desposeídos. Es así como entre 1975 y 1988 se capacitó a través de la Secretaría Nacional de la Mujer a más de 2 millones de mujeres, en tanto Cema Chile llegó a operar unos 10 mil Centros de Madres en todo el país.

El rol político de estas organizaciones no es evidente, aunque no por ello, menos efectivo. El gobierno estableció a través de ellas un marco de acción legítimo para las mujeres, contribuyendo a confirmar una identidad y espacios sociales tradicionalmente femeninos (Arteaga:1988). Su actividad no estaba orientada a promover el cambio en la condición de la mujer pobre, sino más bien su adaptación a ella. Se les enseñaba a ser buena esposa, madre y dueña de casa, a través de programas de capacitación que les permitían mejorar su desempeño doméstico.

La labor cumplida por el voluntariado ha sido fundamental para la implementación del esquema dictatorial. Por una parte ha cumplido una función clientelista, de trabajo con la base, que las fuerzas armadas no tenían capacidad ni estaban en condiciones de realizar, porque podría significar el ingreso de la deliberación a los cuarteles. El control monolítico sobre las Fuerzas Armadas implicaba su mantención en actividades que les impidieran un contacto directo con la civilidad y las alternativas que se planteaban frente a los conflictos sociales. De tal manera, las instituciones de voluntarias se establecieron como canales de comunicación entre las autoridades y sus bases de apoyo. El "voluntariado" contribuyó por otra parte a contrarrestar las distorsiones del mercado, ayudando a paliar las negativas consecuencias de la política económica en los sectores más pobres (Lechner y Levy:1984). A través de los cursos de capacitación y la asistencia social entregada por Cema-Chile, no sólo ayudaban a las socias de los Centros de Madres a superar los efectos de la crisis en su familia, sino también contribuían a mantener la vigencia del modelo económico y a disminuir el potencial del conflicto social provocado por la reversión de la tendencia re-distributiva de las últimas décadas democráticas.

## II. LA EMERGENCIA DE UNA DEMANDA FEMENINA

Las mujeres irrumpieron en la arena política sólo dos veces en el período democrático que precedió al gobierno militar. Primero a través del movimiento sufragista en una demanda emancipatoria y, segundo, en el período de la Unidad Popular a través del Poder Femenino, el que reivindicaba la protección de sus roles tradicionales.

Después de un período de gran actividad en favor de la recuperación de la identidad femenina, que permitió al movimiento de mujeres obtener el

derecho a voto para la mujer en 1949, se produjo lo que Kirkwood (1986) llamó "el silencio feminista", refiriéndose al período 1950-1973, en el que a pesar de constituir un período de profundización democrática -se amplió el sistema educacional y de salud, se incrementó el nivel de vida de la población, hubo un desarrollo económico moderado aunque sostenido y un incremento de la participación política de nuevos grupos sociales-, el problema de las desigualdades de género no apareció, o lo hizo en forma secundaria.

El fin de más de 20 años de "silencio feminista" se produjo paradójicamente durante la dictadura militar. La nueva organización de las mujeres fue por una parte una respuesta a la crisis política y económica, y por la otra una manifestación de oposición al autoritarismo.

## NUEVOS ROLES

Como parte de su intento por despolitizar a la sociedad chilena, el gobierno militar reprimió e impidió el desarrollo de las organizaciones sociales. La prohibición de la política tuvo como efecto el que aquellos ámbitos tradicionalmente privados se politizaran y convocaran el interés público, convirtiéndose así en arenas de confrontación entre dictadura y democracia.

Esta politización no buscada de lo privado creó un ambiente propicio para la aparición en la escena pública de conflictos derivados de las desigualdades de género, que se habían mantenido ocultos durante el período democrático, detrás de reivindicaciones políticas partidarias. La línea divisoria entre lo público y lo privado se volvió difusa. Este último, dominio exclusivo de la mujer, súbitamente se transformó en una de las principales áreas de confrontación.

El movimiento de mujeres tomó diversos canales de expresión. Se organizaron por la defensa de los derechos humanos; desarrollaron ingeniosas estrategias de sobrevivencia para enfrentar la crisis económica y los efectos de las políticas del régimen sobre los más pobres; se movilizaron desde su especificidad de mujeres por el fin de la dictadura; empezaron a replantear su relación con la política, lo que derivó en un cuestionamiento de las relaciones autoritarias en todos los ámbitos de la sociedad, que se tradujo en una posterior reconceptualización de la democracia (Chuchryck: 1984). Como se deduce de lo anterior, no todos los grupos asumían la demanda de género entre sus prioridades inmediatas. Sin embargo su acción jugó un importante papel en la revalorización del aporte de la mujer a la política.

Esta verdadera explosión de organizaciones femeninas se produjo en el contexto de una progresiva descomposición y atomización del tejido social lo que permitió una creciente autonomía de las mujeres. Tanto las organizaciones oficialistas como las contestatarias se proponían constituir espacios propios, dirigidos e integrados por mujeres, fuera del tutelaje tradicional de los partidos u otras organizaciones de histórico liderazgo masculino. Esto llevó a serias tensiones entre ambos tipos de organizaciones. En un primer período los partidos políticos no tenían canales de expresión, producto de la proscripción gubernamental, por lo que tendían a manifestarse a través de ciertas organizaciones sociales, y una vez que los partidos empezaron a reconstituir sus espacios de acción en el período de apertura política, después de 1983, intentaron controlar y cooptar a las organizaciones sociales -entre ellas las de mujeres- que se habían desarrollado en forma autónoma.

El proceso de cambios vivido por el movimiento de mujeres en este período tuvo como principal efecto destacar la existencia de una problemática femenina, y el surgimiento de prácticas sociales y políticas específicas de las mujeres, que intentaban desarrollarse sin ningún tipo de subordinaciones.

#### *a) Mujeres y derechos humanos*

Irónicamente, la tradicional separación entre lo público y lo privado ayudó a las mujeres a asumir un rol protagónico en el período inmediatamente posterior al golpe. El gobierno, que había surgido con la bandera de la defensa de la institución más tradicional, la familia, debió enfrentar la denuncia de las mujeres que se movilizaron en la defensa de la integridad de sus hogares amenazada por la represión.

Esto rompía de alguna manera la lógica represiva del Estado, pues quitaba a la reivindicación de estas mujeres el carácter político que en realidad tenía, para situar su discurso en un nivel afectivo-cotidiano, como defensor de la familia y no como un peligro para la mantención del sistema.

Organizaciones integradas mayoritariamente por mujeres como la Agrupación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos junto a la de Familiares de Prisioneros Políticos desarrollaron después del golpe las primeras actividades de denuncia y oposición al régimen en forma pública (Fruhling:1985). Diversas Agrupaciones siguieron a estas pioneras, manteniendo una composición mayoritariamente femenina.

A pesar de esto, las organizaciones de derechos humanos no asumieron una identidad de género de manera explícita, manteniéndose en los marcos de las definiciones tradicionales de la política y con su foco de atención en las víctimas de la represión. Su estrecha vinculación a partidos políticos proscritos, a cuyas filas pertenecían gran parte de las víctimas de la represión, llevó a priorizar las actividades partidarias, lo que implicó una menor autonomía y finalmente la inhibición de su identidad de género.

#### *b) Mujer y crisis económica*

La lógica militar-patriarcal para enfrentar la crisis económica impidió al gobierno asumir el problema de la sobrevivencia que enfrentaron las mujeres, las que en un medio de creciente pauperización, asumían la jefatura de hogar. Esta reacción contribuyó a aumentar la feminización de la pobreza.

El común denominador de las diversas fases del proceso de transformaciones estructurales impulsado por el gobierno militar desde 1973 en adelante (Vergara:1985), fueron las altas tasas de desempleo durante más de una década. Estas llegaron durante la crisis de 1983 a representar un 30% de la fuerza de trabajo a nivel nacional y un 80% de la misma en sectores periféricos del Gran Santiago (Serrano: 1988). Esto provocó una fuerte regresión en la distribución del ingreso y una caída en los niveles de vida de la población (Arellano:1987). Según un estudio realizado por Labbé (1986), el 40% más pobre disminuyó su participación en el ingreso total desde un 12% en el período 1970-73, a un 9.3% en 1984. Al mismo tiempo, el 20% de mayores ingresos, que captaba un 50.5% del total en el período 1970-73, aumentó a 60.9% en 1984.



La caída en los ingresos familiares como consecuencia del desempleo prolongado del hombre-jefe de hogar llevó a numerosas mujeres a incorporarse al mercado del trabajo. Trabajos anteriores (Rosales: 1979) habían demostrado la alta sensibilidad de la fuerza de trabajo femenina a los ciclos de la economía, que, habiéndose mantenido relativamente constante en la década del sesenta, aumenta en 4.5% entre 1970 y 1985 (Muñoz:1988).

Entre 1970 y 1982, la proporción de jefas de hogar aumentó en un 4% dentro del total de mujeres que son parte de la fuerza de trabajo (Muñoz:1988). Aun cuando el censo de 1982 señala que sólo un 22% de los hogares era dirigido por una mujer, en sectores marginales esta cifra llegaba con facilidad al 40%. Como señala HOLA (1988), las mujeres vivieron estos cambios con tensión, implicaron conflictos en sus relaciones de pareja y debieron asumir una carga de trabajo extra (Díaz y HOLA:1988). En un estudio realizado por Pardo (1985) en el Gran Santiago, se demostró que la mujer que sólo trabaja en la mantención de su hogar, destina a esta labor 56 horas semanales, es decir un 16% más que la jornada legal de trabajo. En el caso de mujeres que trabajan jornada completa en el mercado del trabajo, destinan 33 horas semanales a las tareas del hogar. Ellas dedican por lo tanto 81 horas semanales de trabajo, lo que equivale a un 69% superior al legal.

La deteriorada situación económica llevó a fuertes contingentes de mujeres de sectores populares urbanos a iniciar diversas estrategias colectivas de sobrevivencia orientadas a satisfacer las necesidades básicas de sus familias. Se crearon así talleres de autosubsistencia, ollas comunes, comprando juntos, talleres artesanales, y otras Organizaciones Económicas Populares que sólo en el Gran Santiago superaban en 1985 el millar. Se trataba de organizaciones compuestas mayoritariamente por dueñas de casa intentando solucionar los problemas más elementales de la alimentación y subsistencia de sus familias, frente a un Estado que había perdido su carácter benefactor.

La crisis económica tuvo serias repercusiones en la vida personal de estas mujeres. En los hogares más pobres, la incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo significó, muchas veces, el retiro de las hijas de la escuela -para que reemplazaran a la madre en las tareas domésticas- en tanto sus hermanos (hombres) seguían estudiando. Por otra parte, aumentó el número de hogares con jefatura femenina, en parte como consecuencia de la migración del hombre en busca de oportunidades laborales, y también por la dificultad de los desempleados en readecuarse a nuevas situaciones de poder dentro del hogar, en que la mujer se transformaba en proveedora<sup>1</sup>.

Aun cuando las nuevas organizaciones económicas creadas por las mujeres tenían como principal objetivo la resolución de los problemas de la supervivencia, éstas se convirtieron rápidamente en focos de organización política y desarrollo de identidad de género, con potencialidades de insospechadas consecuencias. Estos grupos conservaron importantes grados de autonomía, y en su mayoría no establecieron relaciones directas con las instancias partidarias. Los nuevos roles asumidos por la mujer tuvieron también efectos importantes en la generación de un movimiento social de mujeres, haciendo

1. El siguiente relato ilustra la situación recién planteada: "Cuando mi señora comenzó a salir a trabajar fuera de la casa en forma periódica me sentí muy disminuido. Verla salir cada mañana temprano en invierno era un sacrificio que no podía soportar, puesto que yo me había casado con ella para que fuera feliz dentro de la casa, cuidando a los niños y esperándome en la tarde al volver del trabajo". (Benavente: 1985).

presente la existencia de campos de conflicto antes ignorados, y desplazando a las contradicciones de clase como único foco de conflicto social. Esta nueva perspectiva fue sin embargo fuertemente resistida por los sectores más ortodoxos de la izquierda chilena, que sostenían que los problemas de la mujer se resolverían con la llegada del socialismo. La existencia de una demanda de género implicaba reconocer diferencias -incluso discrepancias- al interior de la clase trabajadora, que podían desviar la lucha principal en contra de la dictadura. La dificultad de la izquierda ortodoxa a reconocer la especificidad de la demanda de género en sectores populares, tenía como argumento principal la necesidad de mantener unida a la familia, orientando todos los esfuerzos en la lucha contra la dictadura.

A pesar de que estas organizaciones no se planteaban el fin de la discriminación de género -como sí lo hacía el movimiento feminista integrado por mujeres de sectores medios- los cambios en sus vidas -nuevas tareas y responsabilidades- que acarreó la crisis económica, llevaron también a cambios en actitudes y procesos de mayor valoración personal, y a la aparición de una identidad de género antes no asumida. Como plantea Silva (1985) "la experiencia que significa para las mujeres el salir de sus casas, tomar contacto con otras mujeres que están sufriendo los mismos problemas y el descubrir en ellas capacidades y habilidades que les eran insospechadas, ha tenido un impacto importante en sus vidas, fenómenos de autovaloración, de cuestionamiento de su rol de género, de replanteamiento de la relación de pareja, de constitución de identidad como mujeres y como sujeto social". En esta perspectiva se ubican los resultados de una investigación llevada a cabo por Serrano (1988), quien al volver a entrevistar cinco años más tarde a mujeres pobres que se habían incorporado al mercado del trabajo durante la crisis económica, constató que éstas no sólo permanecían en él, sino que además había un cambio en las relaciones de pareja de mayor igualdad con el marido, una mayor valoración personal de las mismas mujeres, que sentían que habían ganado en autoestima y veían que era posible combinar su desempeño como madre con su desarrollo personal. Esto permitió a Serrano (1988) constatar que "no observamos en ninguno de los casos una vuelta al punto inicial, mujer a la casa, hombre al trabajo".

### *c) Mujeres y política en los grupos de oposición*

En circunstancias en que el poder había quedado reservado al ámbito de lo militar, las organizaciones de la sociedad civil se convirtieron en un sustituto del escenario donde en la época democrática se desarrollaba la política, provocando una politización de lo privado y lo social. Esto facilitó la emergencia de reivindicaciones de carácter específico por sobre alineamientos ideológicos. Así surgieron con mayor libertad y se desarrollaron nuevas organizaciones cuyas reivindicaciones habían estado en el pasado subsumidas por otras de carácter nacional. También fue importante la influencia de las tendencias del movimiento de mujeres en el resto del mundo<sup>2</sup>, dado que contribuyó a generar

2. Esta influencia se dio de manera indirecta producto de la fluidez en las comunicaciones, y de manera directa a través del gran número de chilenas que debieron salir del país a partir de 1973 por razones políticas, introduciendo al volver las tendencias del feminismo europeo y norteamericano.



una identidad de género en la lucha por la democracia.

En este nuevo espacio se flexibilizó y amplió el concepto de "la política", pasando a considerarse como tal el universo de lo cotidiano, invadido ahora por la dictadura. La línea divisoria entre lo público y lo privado se hizo mucho más tenue en la medida en que la política represiva del régimen afectaba la unidad de los hogares, en tanto la política económica empujaba a las mujeres a incorporarse a la fuerza de trabajo. Esta ruptura de los espacios públicos como espacios masculinos y los privados -referidos al hogar- como espacios femeninos permitió que las demandas de género se hicieran visibles y empezaran a politizarse a medida que surgía una demanda antiautoritaria, que era al mismo tiempo antimilitarista y antipatriarcal.

Aun cuando las primeras movilizaciones y organizaciones de mujeres surgieron en los setenta, no fue sino hasta el período de apertura política que se inició en 1983, cuando en plena recesión se produjo la consolidación de un movimiento social de mujeres.

En 1976 se había creado el Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical, que intentaba coordinar el trabajo de las pocas líderes sindicales de la época. Entre sus objetivos estaba la organización de las trabajadoras, y el incentivo a éstas y a las esposas de los trabajadores a participar en la actividad sindical<sup>3</sup>. Aun cuando las mujeres jugaban un rol marginal y secundario en la organización sindical, es importante la aparición de una organización que reivindica la especificidad de su demanda en un sector donde la existencia de discriminaciones de sexo eran fuertemente rechazadas ante el temor de quebrar la mítica solidaridad de la clase trabajadora.

En 1977 surgió un grupo de mujeres profesionales de clase media que dio lugar al Círculo de Estudios de la Mujer, donde se desarrolló una embrionaria reflexión sobre la situación de la mujer, que constituyó en un primer momento la principal base del movimiento feminista local. Se trataba en su mayoría de mujeres que habían tenido un pasado político activo, en partidos políticos de izquierda, donde habían ocupado roles más bien periféricos, que las llevó a reconocer un patrón autoritario común a toda la sociedad. Esto generó un proceso de revisión de su relación pasada y futura con la política, y su interés por asumir roles más activos e incorporar una dimensión de género en la vida política.

No fue sin embargo, sino hasta el inicio del período de apertura política que las movilizaciones de mujeres tomaron un carácter más amplio y significativo. Estas se situaron en un contexto de lucha anti-dictatorial más que de reivindicaciones de género, aunque la mayoría de ellas evolucionó incorporando una perspectiva feminista a su quehacer. Después de la creación del Movimiento Feminista en 1983, el feminismo trascendió a algunos sectores populares, aunque con un carácter diferente al de las expresiones que tomó entre mujeres de clases medias, rompiendo el mito de que sus preocupaciones reflejan sólo los intereses de mujeres de sectores medios. Se crearon grupos poblacionales con un sello feminista como el Frente de Liberación Femenina, Las Domitilas, las Siemprevivas, aun cuando en la mayoría de las organizaciones populares,

3. A la represión inicial a las organizaciones sindicales siguieron las modificaciones incorporadas, que lo jibarizaron. Según Gálvez y Todaro (1988) en 1986 sólo un 12.4% del total de ocupados en el Gran Santiago estaba sindicalizado. Esta proporción baja significativamente si sólo se considera a las mujeres.

las mujeres se definían en términos de sus roles domésticos y tenían como principal foco de interés la lucha por la supervivencia.

Surgieron en este período una vasta gama de organizaciones, entre otros el Movimiento de Mujeres Pobladoras (MOMUPO), que representaba a sectores populares urbanos, el Comité de Defensa de los Derechos de la Mujer (CODEM) y Mujeres de Chile (MUDECHI), que definían en la lucha anti-dictatorial su principal objetivo, el Movimiento Feminista, que agrupaba principalmente - aunque no en forma exclusiva - a mujeres de clase media que promovían el establecimiento de nuevas relaciones de poder que terminaran con toda clase de discriminaciones.

Dada la diversidad de organizaciones femeninas y el carácter contestatario que compartían, se creó una organización paraguas, el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer 1983 (MEMCH-83), tomando el nombre del movimiento sufragista que lideró la lucha por la conquista del voto femenino y existió entre 1935 y 1953. El MEMCH-83 agrupaba originalmente a 24 organizaciones de mujeres, y desarrolló diversas movilizaciones de repudio al régimen (Molina: 1986). Su objetivo era el de promover actividades conjuntas de los diversos grupos de mujeres de oposición en contra del régimen militar, facilitando su coordinación. Aun cuando estas organizaciones constituían una minoría activa que en la práctica no movilizaba a la mayoría de las mujeres, tuvo el importante efecto de otorgar visibilidad a la existencia de una demanda específica de las mujeres.

Aun cuando las organizaciones de mujeres reivindicaban su independencia y autonomía de los partidos, la dinámica política opositora no tardó en expresarse en estos grupos. A medida que avanzaba la apertura política, los partidos se recomponían y rearticulaban, intentando recuperar sus bases y cooptar a los diversos movimientos sociales, que fueron fuertemente presionados para ceder su autonomía. Las tensiones se agravaron a raíz de la formación de dos bloques opositores con opciones contrapuestas en su lucha contra el régimen (la Alianza Democrática y el Movimiento Democrático Popular), permeando rápidamente a varias organizaciones femeninas. Como reacción frente a la falta de unidad de la oposición, y tratando de recuperar el sentido tradicional del aporte de las mujeres a la política<sup>4</sup>, surgió a fines de 1983 *Mujeres por la Vida*, constituido por 16 mujeres que participaban a título individual, pero que representaban al conjunto de las posiciones ideológicas dentro de la oposición. Mujeres por la Vida se convirtió en el referente femenino de las organizaciones políticas, y logra convertirse en el espacio de convocatoria y concertación más importante en la movilización social de las mujeres. (Muñoz: 1987)

MOMUPO mantuvo su independencia de los partidos políticos, y continuó su trabajo con pobladoras. Más tarde asumió una identificación feminista, combinando en su labor las dimensiones de clase y género. MUDECHI en cambio, mantuvo una fuerte ligazón con los partidos del MDP y se negó a definirse como organización feminista, rechazando este apelativo, y focalizando su interés en la canalización de la lucha femenina en contra del régimen.

4. El papel de la mujer ha sido históricamente definido como el de elevar el nivel moral de la política, enriqueciéndola a través del aporte de sus valores espirituales. Estos últimos la sitúan por sobre disputas y conflictos.

CODEM por su parte, ligado a otros sectores de izquierda, se negó en un principio a considerarse feminista, para posteriormente asumir una identidad de género dentro de la lucha en contra del gobierno. La tensión producto de las diferentes opciones en los grupos de mujeres -algunos reivindicaban su independencia mientras otros se alineaban en uno de los dos bloques creados- llevó al progresivo retiro a partir de 1984 de diversas organizaciones del MEMCH-83. A medida que se perfilaba con más claridad el espectro político, y los partidos empezaban a actuar más abierta y libremente, las diversas organizaciones sociales recibían fuertes presiones para definirse frente a cada una de las opciones -negociación o ruptura- en la lucha anti-dictatorial<sup>5</sup>.

Lo sucedido al interior del MEMCH 83 expresa las consecuencias de la partidización de las organizaciones, y una concepción diferente sobre la política y el rol de las mujeres, por parte de las diversas organizaciones. Mientras los sectores de la izquierda más ortodoxa planteaban que las demandas de género respondían a una contradicción secundaria que distraía a la población frente al objetivo principal de derrotar a la dictadura, los grupos feministas se negaban a aceptar jerarquías entre ambos conflictos. Por el contrario, estos últimos señalaban que la opresión de la mujer es un punto de partida en la participación política de la mujer. Es lo que Julieta Kirkwood (1986) denominó como las diferencias entre feministas y políticas, al señalar que mientras unas se plantean la política desde sus propias necesidades y alienaciones, las otras se integran a una propuesta política anterior al planteamiento de sus necesidades, suponiendo que éstas serán incorporadas posteriormente.

A pesar de las evidentes diferencias entre los grupos de mujeres, lograron mantener lazos y una identidad común ante la necesidad de un cambio en la inserción social de la mujer.

Esto permitió que a pesar de la presión de los partidos, las mujeres pudieran movilizarse unitariamente en diversas ocasiones más, llegando a elaborar el Pliego de las Mujeres, que fue incorporado como parte de la Demanda de Chile en la Asamblea de la Civilidad en mayo de 1986, y crear la Concertación de Mujeres por la Democracia con posterioridad al plebiscito de 1988.

La difícil relación entre los movimientos sociales y los partidos políticos después de una década de proscripción política, llevó a las diferentes organizaciones de mujeres a plantearse sobre la conveniencia de mantener su independencia, recordando con temor la cooptación de que habían sido objeto una vez obtenido el derecho a voto en 1949. Esto llevó a que en un primer momento mantuvieran algunas mujeres su adhesión a su partido y al feminismo, produciéndose una "doble militancia". Sin embargo la carencia de canales institucionales de representación y participación llevó a reorientar esta doble militancia en un intento por incorporar el feminismo en las estructuras partidarias.

Se crearon así organizaciones, como el Movimiento de Mujeres por el Socialismo (1984) que combinaba una opción política como militantes de diferentes partidos de izquierda, con una aproximación al feminismo, y más tarde surgió la Federación de Mujeres Socialistas (FMS), intentando incorporar contenidos feministas dentro de la estructura formal del partido Socialista (en

5. MUDECHI y CODEM permanecieron en el MEMCH-83, mientras el Movimiento Feminista, MOMUPO, la Comisión de Derechos de la Mujer, el Departamento Femenino de la CNS y otros se retiraron.



ese momento PS-Núñez) (Molina:1988).

En su aproximación a la política, los grupos feministas argumentaban que era necesario re-definir el concepto de democracia, pues éste no había existido nunca para las mujeres (Chuchryck:1984). Como señalaba Kirkwood (1984) la lucha por la democracia debía incluir la lucha por la liberación de la mujer, o el patriarcado no sería eliminado. La lógica es que existe un patrón autoritario que está detrás de las relaciones políticas y personales, y que por lo tanto ambas estructuras deben ser democratizadas. Es este contexto que el Movimiento Feminista lanzó su slogan "Democracia en el País y en la Casa", buscando no sólo mayor igualdad para la mujer, sino una transformación de las relaciones políticas y en la vida cotidiana. Sin desconocer el problema de la desigualdad social, la demanda feminista apuntaba a las expresiones de desigualdad en un contexto más amplio, focalizando su atención en aquellas instituciones sociales que permiten la reproducción de la discriminación: la familia, el sistema educacional, los partidos políticos de todas las ideologías, el aparato del Estado y el sistema legal (Molina:1986).

#### d) *Mujeres y política en la Derecha*

Así como en la oposición el tema de la mujer dividió a los distintos sectores entre quienes promovían las reivindicaciones de género entre las plataformas democráticas y quienes fomentaban la participación tradicional de la mujer, subordinando sus intereses de género en función de un proyecto ideológico, en la derecha éste fue también un punto de conflicto. Mientras los sectores más tradicionales fomentaban el aporte de la mujer a la sociedad a través de sus roles domésticos, los sectores más modernos reivindicaban una mayor participación de la mujer en la política, y una respuesta a sus demandas en el mundo extra-hogarero.

Las diferencias en torno a cómo enfrentar al problema de la mujer expresaba los intereses contrapuestos de dos sectores diferentes de la derecha chilena. Las posturas tradicionales, lideradas por Lucía Hiriart de Pinochet y su "ejército de voluntarias", reivindicaban los derechos de la mujer dentro de la familia. Por otra parte, los sectores modernos liberales, respresentados principalmente en mujeres de sectores medios profesionales, se preocupaban además de la discriminación que sufre la mujer fuera de su hogar.

Las crecientes contradicciones entre los roles femeninos tradicionales y los cambios en la estructura ocupacional y en los niveles de escolaridad que abrían nuevas perspectivas, roles y necesidades a la mujer, llevaron a que aquellas pertenecientes a sectores medios sintieran su exclusión del mundo público más fuertemente que las mujeres pobres. El Movimiento Feminista, vinculado a la oposición, tuvo su expresión en la derecha de manera débil y atomizada, y se expresó en personalidades individuales más que en acciones colectivas.

La pugna en torno al rol de la mujer en la sociedad por parte de los sectores que apoyaban al gobierno militar tuvo como los puntos más evidentes la negativa del gobierno a ratificar la convención de Naciones Unidas sobre la eliminación de la discriminación en contra de la mujer, después que la enviada oficial había suscrito el acuerdo, y en la reticencia a modificar la situación legal de la mujer, regida mayormente a través del Código Civil redactado en 1855,

y con escasas modificaciones desde entonces<sup>6</sup>. En 1975 el gobierno encargó a una comisión especial la redacción de un proyecto de modificaciones a la legislación familiar, que fue presentado al ejecutivo en 1979. El proyecto generó una pugna al interior del régimen, entre los sectores modernizantes y los más conservadores. Estos últimos, representados en organizaciones como Cema-Chile y la Secretaría Nacional de la Mujer, y con el apoyo de Lucía Hiriart de Pinochet enarbolaban los "verdaderos" derechos de la mujer y lograron que no se introdujera ninguna modificación a la ley y que el tema fuera pospuesto de toda discusión hasta 1986. El nuevo proyecto presentado ese año tampoco prosperó, a pesar de la fuerte presión de mujeres de derecha que representaban a sectores profesionales. Es así como Alicia Romo, cercana colaboradora del régimen, señaló "la condición de la mujer casada en la ley civil es la de una persona francamente disminuida y discriminada; limitada por la ley en sus capacidades y potencias. Ella no es una persona plena pues depende del marido a través de una figura jurídica semejante a la de la esclavitud" (El Mercurio:1986-c). Un proyecto de reformas, considerado insuficiente por diversos sectores, fue finalmente aprobado en 1989.

La demanda de género plantada por los sectores más modernos de la derecha tampoco fue recogida de manera importante por sus partidos, como se verá más adelante, pues el discurso tanto del gobierno como de los partidos de derecha se dirige principalmente a la dueña de casa, cuyos intereses identifica con los de la familia. Es así como durante la campaña plebiscitaria, el gobierno llegó a ofrecer a través del Consejo Económico y Social el estudio para otorgar jubilación a la dueña de casa, en tanto el almirante Merino proponía una nueva legislación anti-aborto, aumentando las penas contra quienes lo practicarán y ayudaran a hacerlo, como una manera de defender la integridad de la familia. No se mencionaba en cambio el rol de la mujer en el ámbito público, en las universidades, en el trabajo, en la política, ni los problemas que ahí enfrenta.

El gobierno centró su campaña plebiscitaria en las mujeres, consciente de su peso en los registros electorales (casi un 52% de los votantes en el plebiscito fueron mujeres) y considerando que aproximadamente un 30% del electorado estaba constituido por dueñas de casa, sector que se suponía apoyaba las opciones más conservadoras.

En una encuesta realizada dos meses antes del plebiscito, las mujeres mostraban preferencias radicalmente diferentes según la actividad que desempeñaban. Los cambios en los niveles educacionales y en la estructura ocupacional afectaron a las mujeres de manera diferente, según la posición en que se encontraban. Las dueñas de casa, que viven en una situación de mayor aislamiento y precariedad, tienen comportamientos y expectativas diferentes a las mujeres que son parte de la fuerza de trabajo, tal como se demuestra en el cuadro siguiente, en el que la intención de voto de las mujeres que trabajan fuera de su hogar es similar a la de la población masculina.

6. El Código Civil establece la obediencia que la mujer debe al marido, y la protección que debe recibir a cambio, y la incapacita para tomar decisiones en aspectos fundamentales a causa de la potestad marital, o conjunto de derechos que las leyes conceden al marido sobre la persona y los bienes de la mujer.

# PLEBISCITO 1988

## INTENCION DE VOTO MUJERES : JULIO 1988

	Lab. hogar	Tbja.	Est.	Jubil.
SI	45.3	32.8	27.7	48.4
NO	32.1	46.0	59.0	31.7
No sabe/no resp/ indeciso.	22.6	21.2	13.3	19.9
Total	100.0	100.0	100.0	100.0

Fuente: Encuesta Nacional CERC

Su derrota en el plebiscito, unido a la necesidad de adecuarse a una nueva etapa política, llevó a los sectores de mujeres de la derecha más moderna, que habían estado promoviendo nuevos roles para la mujer, a replantear su relación con la política y los centros de poder. Dos meses después del plebiscito anunciaban la formación del Instituto Internacional para el Desarrollo del Liderazgo Político de la Mujer (IDLPM), con el objetivo de "la creación de conciencia en la mujer, su promoción, el apoyo a la organización y la participación que cada una quiera tener en diversas instancias, instituciones o partidos políticos" (El Mercurio:1987-b). A través de sus objetivos, el IDLPM criticaba implícitamente la aproximación gubernamental en torno al tema de la mujer, y especialmente a la organización oficial dedicada a estas materias, la Secretaría Nacional de la Mujer, que señalaba entre sus objetivos el de "destacar la importancia de la mujer y cooperar en la orientación para su mejor desempeño como madre, cónyuge y dueña de casa". Mientras Lucía Hiriart de Pinochet había llamado a las mujeres 10 meses antes del plebiscito a formar un gran Movimiento Femenino con el objetivo de "apoyar las decisiones masculinas e ingresar paulatinamente en la vida política del país" (El Mercurio:1987-a), el nuevo instituto "denuncia que la mujer ha estado ausente de esta actividad (política) tan importante y este hecho ha sido negativo para ella, para su familia y para el país" (El Mercurio:1987-b). La consolidación del proceso político y la consiguiente reorganización de los partidos llevó finalmente a las mujeres de derecha a canalizar su participación política a través de éstos. En la perspectiva de "ganar un espacio en la política" se incorporaron a los partidos en la última etapa de la transición democrática, llegando a constituir aproximadamente un 50% de los militantes de los principales partidos de derecha. Sin embargo, de 16 senadores elegidos en la alianza de derecha en diciembre de 1989, ninguno es mujer, y de los 48 diputados, sólo 3 son mujeres.

### III. LOS PARTIDOS Y EL TEMA DE LA MUJER

El desarrollo alcanzado por el movimiento de mujeres durante el gobierno militar, unido a la creciente legitimidad política de las reivindicaciones de género, llevaron a los partidos a interesarse en la problemática femenina, incorporándola de diversas maneras y grados en sus programas y plataformas



partidarias. Tanto los nuevos partidos creados durante el último período del gobierno militar, como los partidos que perduraron a pesar del receso político y de la represión, hacen en la actualidad una referencia explícita a la situación de la mujer.

El retorno al juego democrático permitió por otra parte, una revalorización de sectores -como las mujeres- que habían estado marginadas del ejercicio del poder. Las mujeres pasaron a ser una fuerza política importante, que representaba algo más de la mitad del electorado. Muchas de ellas tenían además conciencia de su aporte a la lucha electoral, y no estaban dispuestas a permanecer en tareas secundarias. Demostró también que la participación electoral de las mujeres, por importante que ella sea, no implica acceso al poder, y que las estructuras partidarias, canales únicos de expresión social, no estaban en la perspectiva de compartir el poder con las mujeres.

El proceso de integración de la problemática femenina a las plataformas y actividades partidarias se puede entender a partir de dos ejes centrales. El primero dice relación con cuán legítima es percibida la participación de la mujer en asuntos políticos públicos. El segundo, se refiere a la naturaleza, tradicional o no, del rol a través del cual se da esta participación.

Así, se puede establecer la siguiente tipología:

Roles de la mujer	Participación política	
	Legítima	No Legítima
Tradicional (a)	Voluntariado (b)	Derechos humanos
No Tradicional (c)	Derecha moderna (d)	Feminismo

a) Reivindica los roles tradicionales de la maternidad, y su participación en la política es una prolongación de los roles domésticos. Corresponde a este tipo la actuación de las voluntarias que apoyaban al gobierno militar.

b) Desarrolla una mayor participación de la mujer en la política, aunque no se plantea la reivindicación de género. Corresponden a este tipo los grupos que desde la oposición, propiciaban una lucha activa contra el gobierno, fuertemente vinculados a los partidos, sin incorporar demandas de género, como las diversas agrupaciones de defensa de los derechos humanos.

c) Reivindica cambios en la situación de la mujer, manteniendo los marcos tradicionales de su participación en la política. En este tipo se encuentran los sectores más modernos de la derecha, que aceptaban los marcos impuestos por el gobierno a la política pero no a la actuación despolitizada y a la discriminación de la mujer.

d) Reivindica nuevas formas de participación política y cambios en las relaciones de género. En este tipo se encuentran las distintas vertientes del feminismo,

tanto las que se integraron a partidos de oposición, como las que optaron por mantenerse como grupos de presión independientes.

En general, se podría afirmar que la temática femenina es incorporada por todo el espectro político dentro de una concepción masculina de la política<sup>7</sup>. Esto implica asumir algunas de las reivindicaciones femeninas, pero no integrarlas al poder. El comportamiento político de las mujeres respondería a su condición de esposa, madre y su tarea sería una labor de apoyo al quehacer masculino, y tomaría la forma de una prolongación de las tareas domésticas en el ámbito de la política, sería tal como lo plantea Chaney (1979), una *supermadre* administrando un hogar algo más grande.

La mujer enfrentó la crisis global de la sociedad chilena desde su condición específica de mujer, en sus roles femeninos-discriminados-subordinados (Muñoz:1987). Aun cuando esta crisis abrió a las mujeres la posibilidad de ingresar al mundo público, en un proceso de creciente organización y participación, no se dio una redefinición del rol de la mujer en la sociedad, sino una prolongación de sus roles domésticos tradicionales en el mundo público: como madre en las organizaciones de derechos humanos, como dueña de casa en las organizaciones económicas populares. Esto llevó que a nivel de los partidos, sus demandas fueran incorporadas en términos puramente formales, no accediendo a la recomposición del poder interno que las mujeres requerían. De tal manera, aunque incorporaron la igualdad entre los sexos como un principio, las estructuras partidarias siguieron siendo integradas casi exclusivamente por hombres, y a medida que tomaba fuerza el movimiento de mujeres, empezaron a reaparecer las ramas femeninas de los partidos, apéndices de las estructuras centrales que la marginaba a espacios segregados, fuera de las instancias reales de poder. Esta situación de marginación de la mujer se mantuvo en el período post-plebiscitario, y se expresó en un bajo número de candidatas mujeres en las elecciones legislativas que inaugurarían el retorno a la democracia. El parlamento que inaugurará el retorno a la democracia en marzo de 1990 tendrá sólo dos mujeres entre sus senadores elegidos por votación popular, y de 120 diputados, sólo siete son mujeres.

Todos los partidos reconocen el principio de igualdad de los sexos, aunque se dan curiosos matices y coincidencias entre la derecha y algunos sectores de izquierda al ubicar en la familia la actividad principal de la mujer.

Renovación Nacional (RN) fundado en febrero de 1987, sostiene en su declaración de principios, el principio de igualdad de la mujer en todas las actividades, aunque "valora de un modo especial las virtudes y funciones propias de la mujer como portadora de la vida, núcleo de la familia y agente principal de la transmisión de los valores morales y las tradiciones" (Molina:1988). En esta perspectiva de defensa de la familia se inscribe la fuerte oposición de la Unión Demócrata Independiente en relación al aborto.

7. En este punto hay coincidencia en todo el espectro político. Mujeres dirigentas de partidos de derecha, de centro e izquierda se quejan de que prima una concepción masculina de la política. Mariana Aylwin (DC) y Fernanda Otero (RN) coinciden en señalar que hay una limitante en la integración de la mujer en la política porque se funciona con "estilos, tonos y horarios masculinos", en tanto Berta Belmar (PPD) plantea que aunque "las mujeres conformamos un 47% de la militancia y tuvimos un papel determinante en la campaña de inscripción y en la preparación de apoderados de mesa para el plebiscito, no hay mujeres en la Mesa Directiva del Tribunal Supremo, en la Comisión Política sólo estamos María Maluenda y yo" (La Época: 1988-b; 1989).

El partido Comunista se inscribe dentro de la línea que prioriza la actividad de la mujer dentro de la familia, aunque al mismo tiempo estimulaba su participación en movilizaciones que llevaran al fin de la dictadura. Propone servicios sociales que den atención prioritaria a la madre (por ejemplo subsidio a la maternidad), y una legislación para permitir pero no estimular el divorcio. En salud, otorga prioridad a la atención materno-infantil, y propone estudiar la fórmula para compatibilizar el trabajo remunerado con la crianza de los hijos. (Molina: 1988)<sup>8</sup>

El partido Demócrata Cristiano desarrolla su planteamiento hacia la mujer a partir de la reflexión llevada a cabo por un grupo de mujeres profesionales que contribuye a la elaboración del Proyecto Alternativo en 1984. Es probable que una actualización de este programa signifique modificaciones, otorgando a la mujer mayor espacio y capacidad de acción. No se sabe por lo tanto en qué medida éste es el pensamiento de las mujeres y los dirigentes del partido<sup>9</sup>.

El PDC se plantea dentro de una perspectiva general humanista cristiana (Aylwin: 1986), y asume temas conflictivos intentando asumírselos dentro de la perspectiva de la Iglesia. Apoyarían por ejemplo una ley de divorcio, complementándola con programas de prevención de divorcio, pero no despenalizaría el aborto. El proyecto propone igualdad jurídica, fin a la discriminación democratizando las relaciones sociales y familiares. Para lograr esto último se propone la creación masiva de centros de orientación familiar y programas de capacitación para ambos sexos, donde se planteen problemas de la familia y se re-educue para compartir responsabilidades. Propone también el desarrollo de programas que faciliten la incorporación de la mujer al trabajo remunerado y generen condiciones para hacerlo compatible con la vida familiar.

El partido Socialista (sector Arrate) por su parte creó un organismo que se definía feminista, la Federación de Mujeres Socialistas (FMS) pero que tenía una escasa capacidad de presión sobre las estructuras partidarias. La FMS veía la necesidad de abrir espacios a la participación de la mujer, y aunque consiguió la aprobación de discriminación positiva dentro del partido con una cuota del 20% para mujeres en cargos de dirección -al igual que en el PPD-, esta cuota no fue respetada en el momento de nominar candidatos a las elecciones parlamentarias de 1989.

El partido Humanista (PH), el más nuevo de los partidos y que no acepta ser encasillado dentro del espectro político tradicional, cuenta con una militancia cuyo promedio de edad es de 25 años y más del 50% son mujeres. Este inusual interés político de las mujeres era explicado por el presidente del PH porque "simplemente las dejamos participar. En nuestro partido no existe la rama femenina, ni la rama juvenil, no hay ningún tipo de discriminación" (La Época: 1988-a). Como política hacia la mujer proponen una educación laica,

8. Como plantea Molina (1988) el partido Comunista presenta la situación más curiosa dentro de todo el espectro político: no hay proposiciones ni declaraciones oficiales dirigidas específicamente hacia la mujer desde 1962-63. En el período post-plebiscitario se creó sin embargo la Comisión de la Mujer dentro del Partido Amplio de Izquierda Socialista (PAIS), que provocó cierta polémica al hacer un llamado público para introducir reformas legales que den mayor igualdad a la mujer, legalizar el divorcio y el aborto.

9. Un ejemplo de la falta de receptividad de algunos dirigentes hacia la demanda de la mujer lo da Claudio Humez, Consejero Nacional de la Democracia Cristiana, quien señalaba "no me imagino que en una determinada provincia la problemática de la mujer sea un tema de debate, ni entre las propias mujeres, porque hay otros problemas más urgentes: la cesantía, los derechos humanos, las ollas comunes". (Meza: 1986).



libertad de información, educación sexual y organización y participación social de la mujer en organizaciones mixtas. Las orientaciones del PH reflejan un modelo de participación e integración de la mujer muy diferente a la tradición política chilena (Molina:1988).

El prejuicio sobre la actitud conservadora de la mujer y su desinterés en la política<sup>10</sup> habían llevado a la oposición a suponer que ésta apoyaría mayoritariamente al gobierno. En diciembre de 1987 la encuesta CERC mostraba un mayor rezago femenino en la inscripción y la política era percibida por las mujeres como algo ajeno y distante, lo que se expresaba en altas frecuencias en las categorías no sabe-no responde. Más que apoyo a Pinochet, las encuestas mostraban que la política no movía a las mujeres, ésta no aparecía vinculada a sus intereses. Cuando la oposición se dirigió hacia la mujer en la campaña por el plebiscito lo hizo en su calidad de madre-esposa-duena de casa, ignorando la situación de las mujeres en el ámbito público, en las actividades políticas o sindicales, en el mercado del trabajo, evitando también plantear la discriminación que sufre la mujer. Aun cuando eventualmente se reconocía la necesidad de realizar algunas reformas, el énfasis estaba puesto en los roles tradicionales, tal como se señalaba en un folleto propagandístico opositor, "con Pinochet sólo se ofrece que a la mujer no le alcance el dinero para la comida y deba asumir tareas de trabajo que descuidan la familia y destruyen el hogar". La votación femenina en el plebiscito fue un importante hito para los sectores que requerían un papel más activo para la mujer. Así, mientras en la derecha se creaba un nuevo organismo para promover la participación política de la mujer, en la oposición surgieron diversas demandas por mayores espacios, que habían sido silenciadas durante la campaña, ante el mito del conservadurismo de la mujer.

Es así como un par de semanas después del plebiscito el Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical declaraba que reclamarían mayor participación de la mujer en la toma de decisiones antes y durante el próximo gobierno democrático, en tanto el Departamento de la Mujer del Partido Demócrata Cristiano reclamaba por una mayor presencia femenina en los organismos superiores del partido y la inclusión de los intereses, necesidades y aspiraciones de las mujeres. Por otra parte, ante la evaluación del marginal papel jugado por las mujeres en la coalición de partidos de oposición antes del plebiscito, las organizaciones de mujeres de todos los partidos opositores decidieron crear la Concertación de Mujeres por la Democracia, ente independiente de la Concertación de Partidos por la Democracia, con el propósito de promover la incorporación de intereses de género en el programa de gobierno de la oposición, y la participación de mujeres en cargos de responsabilidad política en todo el arco opositor. Aun cuando el número de candidatas mujeres al parlamento fue bajo (alrededor de un 5%) y en el primer gabinete del gobierno de Patricio Aylwin no se escogió a ninguna mujer, la Concertación de Mujeres

10. A pesar de que los intereses específicos de las mujeres estaban sólo mínimamente representados, dado que se suponía que sus reivindicaciones eran las mismas de sus maridos, la mujer luchó arduamente por conseguir el derecho a voto, y demostró un alto interés en participar una vez que lo obtuvo en 1949. Es así como un estudio (Aylwin, Correa y Piñera: 1986) mostró que las tasas de abstención femenina habían sido consistentemente menores en las elecciones presidenciales en las cuatro elecciones presidenciales en que la mujer tuvo posibilidad de participar. La tasa de abstención fue en 1952 de 13.8% para los hombres y 12.4% para las mujeres, en 1958 de 17.9% para los hombres y 13.9% para las mujeres, en 1964 de 16.2% para los hombres y 9.6% para las mujeres y en 1970 de 19.0% para los hombres y 13.8% para las mujeres.

por la Democracia (CMD) logró que el tema de la mujer estuviera por primera vez presente en la agenda política. En la plataforma desarrollada por la CMD e incorporada al programa de gobierno, se reconocía el nuevo rol que desempeña la mujer en la sociedad y se asumía la necesidad de poner fin a toda forma de discriminación. A través de la CMD las mujeres actuaron como un grupo de presión exitoso, gracias a la fuerza que les significaba estar agrupadas en una organización única. En las negociaciones dentro de los partidos en cambio, atomizadas, sus fuerzas se diluían, lo que explica su escasa presencia en posiciones de liderazgo.

## CONCLUSIONES

La problemática de la mujer es hoy día un tema controvertido que ha desplazado al conflicto de clases como único eje de conflictos sociales, incorporándose en la agenda política de todo el espectro político nacional. Este es un tema que establece un nuevo sistema de alianzas y tensiones, y que divide a todo el espectro político -así como a la Iglesia y al gobierno- de acuerdo a nuevos ejes.

El movimiento de mujeres se ha convertido en un actor político emergente, tanto por el rol que jugó en las luchas anti-autoritarias, como por la potencialidad de cambio que conlleva en el actual proceso de redemocratización. Sin embargo, su demanda encuentra fuertes resistencias tanto al interior de los partidos políticos como en las instituciones del Estado.

En Chile el feminismo nació vinculado a la izquierda, y aunque posteriormente reivindicó su independencia, tiene un fuerte sello ideológico. Existen sin embargo otros sectores que reivindican desde diferentes ángulos la demanda de género, lo que otorga al movimiento de mujeres una gran heterogeneidad tanto en su composición -pluriclasista y pluri-ideológico- como en los sistemas de alianzas que establece. La común identidad de género ha permitido sin embargo la creación de organizaciones de mujeres que cubren un espectro político amplio, aun en períodos de fuertes tensiones en la oposición. La tendencia del sistema político chileno a dar mayor importancia a las demandas de tipo económico, puede restar sin embargo fuerza a la capacidad de presión de estos grupos, que plantean su demanda en un marco diferente.

La transición democrática, si bien se ha beneficiado con la propuesta de las mujeres que intentan democratizar la política, ha restaurado el papel de las organizaciones políticas tradicionales, que han mostrado una actitud relativamente abierta para incorporar algunas de las demandas de género del movimiento de mujeres, pero que ha tendido a marginalarlas del sistema de poder y de las áreas de decisiones en materias políticas y económicas. La baja proporción de mujeres en cargos de elección popular en las primeras elecciones legislativas después de 16 años de dictadura, demuestra que la participación electoral no garantiza a las mujeres participar de la toma de decisiones. La importancia política del movimiento de mujeres en este período no está tanto en su capacidad de movilización de contingentes a veces numerosos, sino en el hecho de que refuerzan un movimiento en favor de la democracia y de una mayor participación de sectores que de otra forma se mantendrían ignorados por el sistema político, aun cuando afectados por él.

La demanda femenina no está suficientemente legitimada. A pesar del aumento de la militancia femenina en los partidos políticos opositores y de la

incorporación de sus demandas más generales entre sus objetivos, las mujeres no han sido incorporadas en las instancias de poder.

El sistema político chileno no cuenta con formas legítimas de participación fuera de los partidos políticos, y éstos no están dispuestos por el momento a incorporar a las mujeres en términos de igualdad. La tradicional pregunta si los grupos de mujeres organizados autónomamente para la lucha por el poder tienen mayores posibilidades de éxito que aquellos que se han integrado en estructuras pre-existentes, ha estado muy presente en la transición a la democracia. Mientras los sectores feministas más radicales han insistido en mantenerse independientes de los partidos, importantes contingentes de mujeres que se definen a sí mismas como feministas se han incorporado a los partidos, en la perspectiva de luchar por mayores espacios en las instancias donde se juega el poder. La ausencia de otros mecanismos de participación o influencia (lobby) sobre el sistema político prácticamente expulsa del proceso político a fuerzas sin capacidad de representación. Este marco político que existía en el pasado y que fue rápidamente recuperado con la rearticulación de los partidos tiende a aislar a los grupos feministas autónomos del sistema político formal, de otras mujeres y de aliados potenciales en la medida en que las margina del sistema político. La tradicional visión de la mujer en política, que no se interesa en competir con los hombres, ha llevado a la existencia de los departamentos femeninos en los partidos y a privilegiar el papel público de las mujeres en roles que vienen atados a las esposas de los líderes políticos. En esta perspectiva, aun cuando existe una creciente conciencia e identidad común de los problemas de género, el feminismo es todavía percibido por vastos sectores como un movimiento anti-hombres, que no interpreta a la mayoría de las mujeres. Estos fenómenos, unido a la persistencia de valores y actitudes tradicionales en torno al rol de la mujer en la sociedad, han dificultado la labor de los sectores feministas como grupos de presión, limitando al mismo tiempo el espacio para la mujer dentro del sistema político.

En estas condiciones, el futuro del movimiento de mujeres dependerá de su capacidad de articularse con otras instancias de poder -aparato del Estado, partidos, organizaciones sociales- sin que sus reivindicaciones sean neutralizadas por ellos.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

ALBORADA

1985 Número 100.

ARELLANO, JOSE PABLO

1987 "La situación social en Chile", *Notas Técnicas* 94, Santiago: ILADES.

ARTEAGA, ANA MARIA

1988 "Politización de lo privado y subversión del cotidiano", en *Mundo de Mujer Continuidad y Cambio*, Santiago: CEM.



ASTELARRA, JUDITH

1983 "Estado, Democracia y Feminismo", *Zona Abierta* 27.

AYLWIN, MARIANA; CORRÉA, SOFIA; PIÑERA MAGDALENA

1986 "Percepción del rol político de la mujer, *Documento de Trabajo*, Santiago: ICHEH.

BENAVENTE DAVID

1985 *A medio morir cantando. 13 testimonios de cesantes*, Santiago: PREALC.

BROWN, PETER

1988 *The Devil and the Flesh*, New York: Columbia University Press.

CORREA, SOFIA

1986 *Proposiciones de políticas para la mujer*, Santiago: CESOC.

CRUMMETT, MARIA DE LOS ANGELES

1977 "El poder femenino: The Mobilization of Women Socialism in Chile", *Latin American Perspectives* IV (4) Fall.

CHANEY, ELSA

1979 *Super Madre. Women in Politics in Latin America*, Texas: University of Texas Press.

CHUCHRYCK, PATRICIA,

1984 "Protest, Politics and Personal Life: The Emergence of Feminism in a Military Dictatorship, Chile 1973-1983", Tesis de Doctora, Toronto: Universidad de Nueva York.

DIAZ, XIMENA y HOLA, EUGENIA

1988 "La mujer en el trabajo informal urbano" en *Mundo de Mujer Continuidad y Cambio*, Santiago: CEM.

EL MERCURIO

1986 15 de agosto, Santiago.

1986 21 de octubre, Santiago.

1986 18 de julio, Santiago.

1987 11 de diciembre, Santiago.

1987 20 de diciembre, Santiago.

1988 31 de diciembre, Santiago.

FRUHLING, HUGO

1985 "Reproducción y socialización de núcleos de resistencia: la experiencia de la Vicaría de la Solidaridad en Chile", Trabajo presentado al seminario La cultura del miedo bajo regímenes militares, Buenos Aires.

GALVEZ THELMA y TODARO, ROSALBA

1988 *"Primera encuesta de opinión política y sindical de los trabajadores. Análisis por sexo"*, Santiago: CEM.

GAVIOLA, EDDA; JILES, XIMENA; LOPRESTI, LORELLA; ROJAS, CLAUDIA

1986 *Queremos votar en las próximas elecciones*, Santiago.

HARDY, CLARISA

1985 *"Estrategias organizadas de subsistencia: los sectores populares frente a las necesidades en Chile"*, *Documento de Trabajo*, Santiago: PET.

HOLA, EUGENIA

1988 *"Mujer, dominación y crisis"*, en *Mundo de Mujer Continuidad y Cambio*, Santiago: CEM.

KIRKWOOD, JULIETA

1984 *"Los nudos de la sabiduría feminista"*, *Documento de Trabajo*, Santiago: FLACSO.

1986 *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*, Santiago: FLACSO.

LABBE, FRANCISCO JAVIER

1986 *"Distribución del ingreso en la teoría económica"*. *Documentos de Trabajo*, Santiago: CED.

LA EPOCA

1988 3 de enero.

1988 5 de septiembre

1989 22 de enero.

LECHNER, NORBERT y LEVY, SUSANA

1984 *"Notas sobre la vida cotidiana III: el disciplinamiento de la mujer"*. *Material de Discusión*, Santiago: FLACSO.

LEIVA, ALICIA

1987 *"Las desigualdades en el trabajo de hombres y mujeres"*, *Coyuntura Económica N.º 14*, Santiago: PET.

MEZA, MARIA ANGELICA

1986 *La otra mitad de Chile*, Santiago: CESOC.

MOLINA, NATACHA

1986 *Lo femenino y lo democrático en el Chile de hoy*, Santiago: DOCUMENTAS.

1988 *Propuestas políticas y orientaciones de cambio en la situación de la mujer (1987)*, Santiago: FLACSO.

MOLINA, NATACHA y SERRANO, CLAUDIA

1988 "Las mujeres chilenas frente a la política", *Proposiciones* N.º 16, Santiago: SUR.

MUNIZAGA, GISELLE

1985 *El discurso público de Pinochet*, Buenos Aires: CLACSO.

MUÑOZ, ADRIANA

1987 *Fuerza feminista y democracia. Utopía a realizar*, Santiago: DOCUMENTAS.

1987, *en Mundo de Mujer Continuidad y Cambio*, Santiago: CEM.

PARDO, LUCIA

1983 "La dueña de casa y su aporte al PGB, *Revista de Economía* N.º 15, Santiago: Universidad de Chile.

1985 "El impacto socioeconómico de la labor de la mujer", *Revista Política* N.º 7, Santiago: Instituto de Ciencias Políticas Universidad de Chile.

ROSALES, OSVALDO

1979 "La mujer chilena en la fuerza de trabajo: participación, empleo, desempleo (1957-1977)". *Tesis de Post-gradó*, Santiago: Escolatina, Universidad de Chile.

ROSSETTI, JOSEFINA

1988 "La educación de las mujeres en el Chile contemporáneo", *en Mundo de Mujer Continuidad y Cambio*, Santiago: CEM.

SERRANO, CLAUDIA

1988 "Pobladoras en Santiago: algo más que la crisis", *Mujeres, crisis y movimiento*, Santiago: ISIS-MUDAR.

SILVA, MARIA DE LA LUZ

1986 "La participación de la mujer en Chile. Las organizaciones de mujeres". Trabajo presentado a la Conferencia Internacional. *La participación política de la mujer en el Cono Sur*, Montevideo.

VALDES, XIMENA

1988 "Feminización del mercado de trabajo agrícola: las temporeras", *en Mundo de Mujer Continuidad y Cambio*, Santiago, CEM.

VALENZUELA, MARIA ELENA

1987 *La mujer en el Chile militar. Todas íbamos a ser reinas*, Santiago: ACHIP-CESOS.

VERGARA, PILAR

1985 *Auge y caída del neoliberalismo en Chile*, Santiago: FLACSO.